





Las perlas negras de Goree

Daniel Grodos



LETRA X LETRA

Grodos, Daniel

Las perlas negras de Goree / Daniel Grodos.-- Medellín : Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2014.

176 p. ; 21 cm. -- (Letra x letra)

ISBN 978-958-720-211-3

1. Cuentos belgas. 2. África - Cuentos. I. Tít. II. Serie
843 cd 21 ed.

G873

Universidad EAFIT - Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Las perlas negras de Goree

Título original: Les perles noires de Gorée, 2009.

Primera edición en español: abril de 2014

© Daniel Grodos

© De la traducción: Daniel Grodos

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 48A #10 sur-107, Medellín

Tel. 261 95 23

<http://www.eafit.edu.co/fondo>

E-mail: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-211-3

Fotografía de carátula: Daniel Grodos

Editado en Medellín, Colombia

Contenido

El soldado y el mar	7
El puente	14
Bruselas-Lagos.....	19
<i>Stille Nacht</i>	25
Akagera	44
Que te dejen.....	61
El sueño de Luis-Pasteur	63
Avenida Koch.....	75
Duele el cuerpo.....	107
Las perlas negras de Goree	116



El soldado y el mar

El sol colorado de Cotonou rueda en el harmatán. Los mosquitos reaparecen.

Único deseo esta tarde: deshacerme de la humedad del día bajo la brisa del litoral.

Agarrado de los hombros de mi *zémidjan*,¹ doy la vuelta a la Plaza de los Martirios donde, inmóviles, hieráticos, los herederos de Dahomey, soldados y campesinos, pectorales orgullosos, manos sobre el fusil, manos sobre el machete, destacan sobre la pestilencia azul de los gases de escape. Su mirada mineral desafía a través del tropel a los mercenarios de Bob Denard intentando dar el golpe de estado en este país perdido. Pronto serán veinte años. La traca serpentea por delante y por debajo del monumento. Uno se convence sin esfuerzo de que la derrota de los pendencieros de piel blanca sembrada de pecas, deltoides espesos curtidos por insolaciones, mordisqueando chicles, con la mirada turbada por el alcohol, era ineluctable.

Sacar unas fotos. Bañarme en el océano.

¹ Motociclista de Cotonou haciendo de taxista (N. del T.).

Las orillas del Atlántico. Ya me habían prevenido de sus peligros. Tirones, agresiones con cuchillo. Sin contar con los ahogamientos. Sin embargo, como todos los días de la semana, la playa está casi desierta. Solo está un joven africano parado al borde de la duna llana, a poca distancia, donde la arena, que empieza a humedecerse, guarda la huella del peso de los cuerpos. La costa se extiende rectilínea hasta el horizonte, el océano refunfuña, el aire es suave, la luz de diciembre algo lechosa.

Me quito la camisa, armo la Minolta y hago un acercamiento sobre el hombre. Debe de tener un poco más de veinte años. Difícil decirlo. Es alto. Seco. Mira al mar. Lleva un uniforme militar. Una mano en el bolsillo, una pierna un poco flexionada. A contraluz se destacan la arista de su nariz, derecha, los labios entreabiertos, el brillo de sus incisivos. No, el brillo de sus incisivos no aparece, el zoom no es lo suficientemente poderoso. Tomada la foto, enrolló la camisa y el short alrededor de mi cámara, lo pongo todo sobre mis sandalias y me acerco a las olas. El soldado, seguro, debió de verme. No apartó la cara.

No hay alfaque, el agua está clara y tibia. Las olas me azotan, percibo el sabor de la sal, toco el fondo, pierdo el equilibrio, desconfío del alto mar, vuelvo a hacer pie, me seco los párpados que me pican por el agua. El soldado está lejos, como si hubiese retrocedido. Sin embargo, no se ha movido, tampoco ha cambiado de postura. Vuelvo a nadar, esta vez de espaldas.

El sol se hace mate, color de melocotón, se puede mirar de frente. Va a caer la noche. Sigo nadando, me dejo hundir, emerjo; un pez salta a dos pasos de mí. El soldado da la

vuelta y se va hacia la duna. Después de la duna hay filas de cocoteros, un solar, y luego la avenida. Me zambullo, lucho contra la marea, encuentro una línea de arena firme, que al pisarla se hunde, y salgo del agua sin aliento. Me pongo la ropa sobre la piel mojada. Tengo que alcanzar al soldado que se está alejando a grandes zancadas. Se me ocurrió hablarle mucho antes, cuando dudé de la capacidad de la Minolta para captar el brillo del esmalte de sus dientes.

Nunca he visto a un negro quedarse solo, sin un gesto, sin motivo, mirando el mar. Y además de uniforme. Aquí las playas son lugares usados como retrete, o sitios de juego, de ligue, de ratería, de picnic o de trabajo, pero no de contemplación.

Me alejo del océano como un ladrón, aligero el paso. No estoy seguro de hablarle al soldado, probablemente se va a asustar si lo abordo.

—Buenas tardes.

Gira la cabeza.

—Buenas tardes.

Caminamos uno al lado del otro. Pasos pesados en la duna blanda. Llevo mis sandalias en la mano, él está de borceguíes. Nada siguió a las buenas tardes. Ni curiosidad ni asombro. Dos hombres salen de la playa. Vuelven al cuartel. Un negro y un blanco.

—Hay que estar triste para quedarse solo a mirar el mar —digo.

Se detiene. Me mira. Se ríe a carcajadas.

—No, no estoy triste. ¿Es usted fotógrafo?

No contesto. Reanuda su marcha. Pasa los pulgares bajo su cinturón.

—Pero el mar tiene algo extraño.

—¿De verdad?

—Se mueve todo el tiempo.

Busco sus ojos pero no los veo porque mira delante de él.

—¿Eres poeta?

—Se mueve todo el tiempo y no tiene fin.

Insiste en las palabras, como si yo no hubiera entendido. Todo el tiempo. Se mueve. Su voz reprime algo de sorpresa.

—Te digo, eres poeta.

—¡Eh! ¿Qué significa eso? ¿Por qué los blancos siempre ponen nombres? Todo el mundo puede ser poeta, ¿o qué? Pero Dios, realmente...

Pillado de imprevisto, vuelvo a buscar sus ojos. En vano. Su perfil es severo, su aire más serio que a través de las lentes del objetivo.

—Se mueve todo el tiempo, dices. Y Dios, ¿qué cosa Dios?...

—Dios, ¡realmente es muy fuerte!

Froto la arena seca sobre mis muslos.

—¿Has visto a Dios esta tarde?

Calla. Avanzamos hacia la ciudad y el aire se vuelve bochornoso. La arena mezclada con el polvo se hace adherente y ennegrece mis pies descalzos.

—Realmente muy, muy fuerte...

—¿Vives en Cotonou?

—No, soy militar.

—¿De dónde eres?

No entiendo el nombre del pueblo. Cada uno sigue siendo de su pueblo. Debe de estar en el norte.

—¿Y estás acuartelado en Cotonou?
El soldado hace señales con la cabeza. Sí, no.
—Soy de la Guardia Presidencial.
—¿De turno en la playa?
—Hoy es día libre.
—¿Mucho tiempo en la Guardia?
—¡Oh! Mucho, varios años. Ya en los tiempos de Kerekou. Mucho, mucho tiempo. Y usted, ¿es turista?
—¿Por qué dices eso?
—Porque entre semana solo los turistas suelen bañarse aquí. No escuchan lo que se les dice. ¿A qué ha venido entonces?
—A arreglar la carretera a Parakou, las obras empiezan pronto.
—Entonces, no es fotógrafo usted.
—No, no es mi oficio.
—¡Ah! Las carreteras. Está bien.
Sacudo mis sandalias, me las pongo. Se detiene para esperarme.
—¿Entonces, hay militares filósofos?
—No soy filósofo. Pero el mar me parece muy bonita. Muy bonito. ¿Es la primera vez que usted está en Benín?
—Pues sí.
—¿Y qué le parece el país?
—En todo caso, la gente parece simpática.
—¡Ah! Es que estamos en paz. Bueno, sí, hay algunos bandidos, que apresamos. Así son las cosas.
Llegamos bajo los cocoteros. El soldado le da una monedita al muchacho que le guardaba la motocicleta. La Minolta cuelga de mi muñeca. Vacilo, renuncio.

—Entonces, ¡buenas noches! Encantado de haberte conocido, pensador de la Guardia.

—¿En qué hotel está?

—Croix du Sud.

—¿Puedo visitarlo? ¿El domingo tal vez? A menos que... Tal vez esté prohibido.

—No, no está prohibido.

—Es verdad, es la democracia ahora. Podemos ir.

—Las putitas lo han entendido muy bien.

—¡Ah! Pero ya desde antes entraban ellas. Ahora es la democracia para todo el mundo. Uno puede hacer todo lo que quiere.

—¿Estás seguro?

—¡Claro! ¿No es la democracia? Es como en su país.

Pienso en el silencio de la playa oscurecida, el hervor de las olas, la arista luminosa amplificadas a contraluz por el zoom.

—La democracia, creo, es poder decir lo que se piensa sin ser molestado y poder cambiar a los jefes. No sé si es mucho más.

—¿Ah, sí?

—No hay que desanimarse. ¿Acaso no basta?

El soldado se queda pensativo. Su mano busca en su chaqueta y saca un cuadernito de apuntes.

—¿Cuál es su nombre? ¿Y el número de su habitación?

—¿Eres de la policía o de la guardia del patrón?

—No, es simplemente para visitarlo.

Apunta mi número, guarda su lápiz y el cuadernito en el bolsillo pectoral del uniforme. Parece contrariado, pero no, sonrío, monta en su máquina.

—Buenas noches, señor ingeniero.

No protesto, noto su bigote fino que le quita a su rostro lo infantil que le queda. Arranca. Su motor quema demasiado aceite. El muchacho que había guardado la motocicleta juega con la monedita y nos mira.

Ahora es de noche. El macadán está caliente. Se hacen agresivos los mosquitos. La chica que vi la víspera debe de estar esperándome a la entrada del hotel.

Una ráfaga de viento inesperado tuerce los cocoteros y lleva la frescura oceánica hacia la ciudad.

La Guardia Presidencial, anteayer, antes del cambio de régimen, colocaba a los opositores en toneles llenos de vidrio machacado y luego hacían rodar los barriles.

También estaba el hipódromo. Había que correr descalzo en una pista cubierta por cascos de botella.

Era detrás de los muros del cuartel. No lejos de la playa larga y desierta, un sitio algo protegido contra el harmatán.

El puente

—Are you sleeping?

El Land Cruiser va volando hacia el poniente; el más plantado de los tres veterinarios saca a Joan de sus pensamientos. No, no está durmiendo. Se abandona con la nuca contra el cabezal, con los ojos cerrados. La jornada ha sido agobiante. El equipo alemán de los *sin fronteras*, que había llegado el día antes desde la capital, retorna a su terreno, en la sabana, lejos del río, después de haber salido del área de las inundaciones antes del alba. Está fea la pista, devastada por el agua roja que la corta con charcos traicioneros que se tienen que contornear por entre los matorrales.

A regañadientes, Joan ha dejado el campamento de los refugiados para acompañar a los veterinarios de paso, un día o dos. *Ohne Grenzen, without border*. Proyecto de desarrollo agropecuario. Cooperación germánica. Este viaje le cambiará el olor a creosote y a sudor de los campamentos. ¿Cómo describir el olor? *More pictures, fewer words*. El santo y seña de su redactor jefe, en su oficina gris de Londres, no menciona nada en cuanto a los olores.

Siente la tensión de las primeras semanas de reportaje. Y el extraño cansancio ese, más intenso desde hace poco. ¿De qué se las da, en sus *bluejeans* ajustados y manchados

de barro, arrastrando de avión en avión su mochila de alpinista y sus bártulos de fotógrafa de catástrofes? A las víctimas de las inundaciones hubo que sacarlas a la fuerza de los lugares amenazados. *Force them to go*, por poco se mete el ejército. ¿Y si los campesinos tuvieran razón? ¡Los campamentos de tela! El continente se está cubriendo de campamentos de tela. Ya no se lanza a mucha gente en paracaídas sobre Kolwezi, en cambio superabundan los expertos en campamentos de tela. Firma sus papeles JJ, Joan Jennifer, y sus fotos tienen cierto éxito en los *news magazines*. Los *staffs* más y más profesionales del *business* humanitario no son propensos a la duda. La publicidad, el *deal*, el servicio postventa y hasta la defensa a los consumidores. ¿Masoquismo? ¿Voluntad de potencia? Siente que su pierna izquierda se está entumeciendo. *Without border. Without any border?* Ninguna palabra sobre lo humanitario es legítima si no es proferida por un miembro de la rosca. Aterrorizante. No, es mucho decir. Intimidante. Tiene ganas de fumar. Y todo se está haciendo humanitario. Hasta lo agropecuario. Pronto las consultas conyugales serán competencia de lo humanitario.

Está bien avanzada la temporada de lluvia. Las hierbas crecidas impiden que se vea la sabana, salvo a partir de alguna escarpadura del terreno. Hace mucho calor. Joan transpira a pesar del aire acondicionado. Sus compañeros de viaje, atrás, vacían la reserva de cerveza, conservada en una caja refrigerante antes destinada a las vacunas. Hace falta que no se olvide de sacar unas fotos. ¿Por qué esta preocupación de repente? Como si no fuera su oficio.

Esta noche en el pueblo, por ejemplo. Probará la nueva película de 1000 ASA.

Se pone el sol cuando llegan al primer sitio de intervención. Trasnocarán allí. La aldea se extiende en la ladera de la colina, al otro lado del río, que ha crecido y se desborda sobre ambas orillas. La luz rasante dora los techos de las chozas. Muchachos acabando de pescar —¿a esta hora?— les hacen grandes señales con las manos.

—Da gusto ser recibidos así —se alegra el forzado—. ¡Dale, Heini, corre! Cruza el río tras la roca, se puede pasar fácilmente, y sube derecho a la casita del jefe. Me gustaría ver las vacas también esta tarde, antes de la reunión del comité.

Heinrich conduce desde la mañana. La oficina regional de la consultora acaba de despedir al chofer habitual y no se da prisa para remplazarlo. El Land Cruiser ruge, se sume en el río levantando gavillas de agua morena, surca la corriente, muerde la orilla, y los niños huyen riendo, aullando; los mayores tiran de los brazos a los más pequeños que están desechos en lágrimas.

El monstruo se detiene delante de la choza del jefe. Toda la carrocería chorrea agua. El capó echa humo. Joan es la última en bajar. Agua, barro, aceite, vapor: ¡virilidad de la chatarra! Foto. Se forma un grupo. Algunos pequeños, excitados, se aventuran a tocar el parachoques, se alejan chillando, se acercan a Joan con pasos sigilosos, intentan una sonrisa. Los blancos se abren paso respondiendo a los saludos de la chiquillería. El veterinario alto, que vive en el país desde hace mucho tiempo, suelta algunas palabras en el idioma local. Los chicos se parten de risa, los más atrevidos contestan, Joan no comprende.

Después de los saludos de bienvenida en la choza del jefe, van a ver las manadas. Joan deambula en el pueblo y hace acopio de tomas de vista, seguida a la distancia por la pandilla parlanchina de los chiquillos divertidos, semi-desnudos. JJ no tiene niños, piensa Joan. Da la vuelta de un golpe gritando ¡Cheers! Captar la sorpresa de la escolta. En vivo. Siempre en vivo.

En la noche, el *Development Committee* se reúne alrededor de una fogata bajo el gran framboyán, majestuoso en su tristeza de temporada de lluvias. Hará maravillas la película, piensa Joan. El jefe da la palabra al blanco fortachón. El veterinario agradece la acogida y se lanza a la exposición de las metas de su visita en una mezcla áspera de inglés y de idioma del pueblo. *The objectives of our mission*. Pasarán una noche en el lugar. Volverán a explicar las buenas razones de la desparasitación del ganado y la necesidad de las vacunas. Los progresos han sido reales desde su última misión, pero insuficientes. Se pueden lograr mejores resultados si todas las familias ganaderas se meten en eso. Cierto, será lento. No siempre es fácil. Costumbres ancestrales no se cambian de un día para otro. Los ancianos siempre actuaron así, entonces, ¿por qué cambiar? El perito blanco lo entiende muy bien. No está molesto. Tampoco apurado. Pero se permite insistir. Joan se desconecta de la perorata. Escruta las cabezas de los varones de cuclillas en círculo, los mayores rodeando al jefe, algunas mujeres atrás, sentadas en un segundo anillo, abigarrado, y, a la distancia, de pie, un grupo compacto de adolescentes curiosos. La fogata enrojece a media distancia entre el jefe y Joan. Cuando hable el

viejo, será una foto *very great*, sobre todo si se levanta para responder.

El *sin fronteras* acaba su arenga. Parece muy satisfecho. Se pudo haber esperado más gruñidos de aprobación, pero cabeceos alentadores repetidos hicieron ondular el círculo de los hombres. Para terminar pide a la asamblea, volviéndose hacia los cuatro puntos cardinales, si alguien tiene alguna pregunta.

Los murmullos se calman, nadie más se mueve. El jefe mira al gigante blanco, su torso vellosos entre la abertura de la camisa medio desabotonada. Los demás fijan la mirada en el suelo. Hasta los jóvenes se han quedado inmóviles, mudos como los peces que han pescado. *Any question?* Se oye crepitar la fogata. Lentamente Joan arma su Pentax. Un animal —¿una hiena?— aúlla lejos en el monte. Finalmente se levanta el jefe. Joan ajusta su ojo al visor, bloquea el flash. El viejo abre la boca, carraspea, y el silencio se hace completo.

—Yes.

Los ancianos asienten con la cabeza. El veterinario, con un movimiento de la barbilla, invita al jefe a que continúe, a que haga su pregunta. Pero el otro no se apresura, acaricia con la palma la extremidad redondeada de su palo.

—Yes —contestó.

Luego, hundiendo un poco delante de él su cetro antiguo en el suelo, fija la mirada en los ojos del blanco y arruga los párpados.

—Why didn't you use the bridge?

El índice de JJ desliza despacio hacia la tecla *Off*. *O Lock*, ya no sabe.